

LA VANGUARDIA EN MADRID

S Y COMENTARIOS

Mundo y mundillo teatral

Ensayo general

«Madrugada», de Antonio Buero Vallejo, en el Alcázar

A pesar de haber ensayado anoche, Cayetano Luca de Tena, el director del Teatro Alcázar, había puesto para esta tarde en la tablilla: «A las tres y media, ensayo general con todo». Pero a pesar también de ser esta comedia, o evasión dramática, como su autor la califica, obra en que el reloj y el tiempo tienen una categoría de verdadero personaje, una importancia primordial y obsesiva, a las tres y media no había nadie en el escenario del teatro ni sintoma de empezar.

Cuando entramos se estaba probando un extraño disco en el que aullaba fúnebremente un perro. En el escenario los tramoyistas y Antonio Buero Vallejo.

—Tardanemos todavía más de media hora en ensayar.

—¿Contento con los ensayos?

—De la dirección de Cayetano y de la Compañía. Estoy muy contento de todos ellos.

—Eso se dice siempre.

—Y alguna vez es de veras. Yo creo que esta obra es la obra mía mejor conjuntada.

La escena representa un salón-estudio en las afueras de la ciudad. Cuatro puertas practicables, un gran ventanal, dos sillones y un diván semicircular debajo de la ventana; un sofá de cuero bastante viejo y una mesa ni pequeña ni grande. Todo un poco triste y más o menos de estilo español. Un enorme reloj de caja que, según oigo varias veces, debe estar a las cuatro y media al levantarse el telón. El decorado es de Viudes. Viudes entra y sale, corre un mueble de sitio. Yo me siento con Buero Vallejo en el sofá de cuero.

—¿Cuándo escribiste «Madrugada»?

—Este verano.

—¿De prisa o despacio?

—La he pensado durante mucho tiempo. La materialidad de escribir... Unos dos meses para la primera versión.

—¿Has corregido lo go mucho?

—Algo. En los ensayos también ha habido que ajustar bastantes cosas.

—¿La comedia, está en la misma línea que las tuyas anteriores?

—Sí, responde, creo yo, a idénticas preocupaciones dramáticas.

Hablamos de esas cosas de siempre: De que el teatro es como una lotería, de que no hay modo de vaticinar nada.

—Mira — me dice Buero —, esta noche es mi sexta obra. Pues bien en cada una sé que sé menos cosas. No me parece a mí que lógicamente vaya uno hacia atrás, pero el autor no puede discriminar con rigor si va a gustar o no, qué es lo que la salvará o lo que puede hundirla.

—¿Se dijo que no hace mucho tiempo, que no querías volver a escribir para el teatro, ¿Qué hubo de cierto en eso?

Buero sonríe y mira al cielo:

—Una rabieta. No dejaría nunca de escribir teatro. Es prácticamente imposible.

—¿No hiciste nunca otro género literario?

—No. Bueno... Al empezar, un libro sobre Gustavo Doré.

—¿Se te puede preguntar una cosa?

—Prueba.

—¿Vives exclusivamente del teatro?

—Exclusivamente.

—¿Bien?

—Discretamente.

Cayetano entra en escena. Habla conmigo un momento. Después baja las escaleras y se va hasta media sala para oír el disco de los ladridos.

—¿Un poco más bajo! La primera vez suprimir el aullido. A ver... ¡Uy! Quizá todavía más bajo... ¡Venga!

La sala de butacas está en una obscuridad absoluta. No hay nadie en ella. Cayetano vuelve a subir. Lleva unas alpargatas azules. Buero en cucullas, habla ahora con el apuntador. Luego otra vez conmigo:

—¿Por qué dos actos?

—Verás... Eso es un tema más importante de lo que parece. Se viene hablando mucho de si convienen o no los entreactos. En general, salvo en la noche del estreno y por una cosa social se encuentra en el público cierta hostilidad por ellos, repulsa que me parece a mí que viene del cine. Yo he puesto un solo entreacto, primero, porque el argumento así lo pedía.

—¿Y segundo?

—No sé... Quizá por este amor mío a la dificultad.

—¿Cuánto duran los actos?

—Exactamente, cuarenta y cinco minutos cada uno.

El tiempo que marca el reloj que hay en escena es el mismo tiempo en que ocurre la comedia.

—¿Muchos personajes?

—Nueve.

A las cinco menos veinte se echa el telón y vuelve a levantarse empezado el ensayo. El reloj marca las cuatro y cuarto. El reloj de caja, naturalmente. Estamos en butacas, en medio de una oscuridad absoluta. Buero, Cayetano, Marino Gómez Santos y yo.

Primera escena, entre una enfermera y una vieja criada. Se informa inmediatamente al público de que un pintor famoso acaba de morir y que está muerto en la habitación inmediata.

—Comedia con muerto dentro... peligrosa — me dijo esta mañana Alfredo Marquerie.

—¡Por favor! ¡Esa escena otra vez! ¡Rebajar la batería!

Es Cayetano. Cayetano dirige con dulzura. Al repetir la escena hay que volver a poner el reloj en las cuatro y cuarto. Telón nuevamente. Voz desde dentro.

—¿Vale, don Cayetano?

—Cuando quieras.

Arriba el telón. Repetición de la primera escena. Sale Maruja Asquerino de la habitación donde se supone que está el muerto. El disco de los aullidos vuelve a sonar y, por lo visto, a destiempo. Cayetano para la acción.

—¡Hay que ajustar el aullido! ¡Venga! Disco otra vez. Mal, Cayetano!

—¡No damos una! ¡Hay que empezar otra vez!

Buero está nervioso. Con la historia de que se han perdido unos minutos y que cada uno de ellos juega un papel importantísimo, hay que empezar todo nuevamente. Han pasado diecisiete minutos. Vuelta desde la primera palabra. En todos los ensayos piensa uno lo mismo: ¿Y cómo luego sale bien?

—Porque esto va a estrenarse exactamente dentro de seis horas. Maruja Asquerino viste un jersey y de rayas blancas y negras. Falda negra y amplia, sus horribles zapatos de siempre; sin ninguna tación... ¿Los llevará también a la noche? ¿Será una promesa?

Salen los nuevos personajes. Son los familiares del muerto que no saben que ha muerto, sino que creen que está muriéndose y sin tiempo ni lucidez para testar. Maruja es la amante del pintor muerto. La acción dramática que aquí no explicaremos, prinde desde el principio intensamente, va subiendo, intriga y obsesiona.

A tientas en el patio de butacas entran José María Pemán y Julia Maura. Caen el telón.

—El telón debe caer a la cuarta campanada. ¡A ver, otra vez!

Sube el telón. Vuelve a bajar. Son las seis menos cuarto.

—¿Te ha sido difícil montar la obra, Cayetano?

—Es una obra difícilísima. No por el montaje en sí, sino por la rigurosa cronometración, por la necesidad de cuidar todos sus detalles, que tienen una enorme importancia.

Segundo acto. El interés y la fuerza dramática no decaen un momento. Observación frívola: se enciende el primer pitillo de la obra. En la supuesta lejanía vuelve a aullar el perro. Yo esta vez quizá no le haría ladrar más. En «Madrugada» tiene tal emoción todo, que no es necesario. Quizá nada, de mucho tiempo a esta parte, nos ha llegado a impresionar más.

Termina el segundo y último acto. Una tristeza honda y dura flota en el patio de butacas vacío. Con Maruja Asquerino, Antonio Prieto, Manuel Díaz González, Gabriel Llopart, Esperanza Grases, María Isabel Pallarés, María Luisa Romero, Pilar Muñoz y Margarita Robles, colaboran eficazmente con valores individuales conjuntados en una meritísima armonía que hace suponer un éxito rotundo para esta noche en el Teatro Alcázar.

Cuando terminamos de escribir y comunicar este adelanto, falta una hora justa para que empiece la representación. — César GONZÁLEZ RUANO.